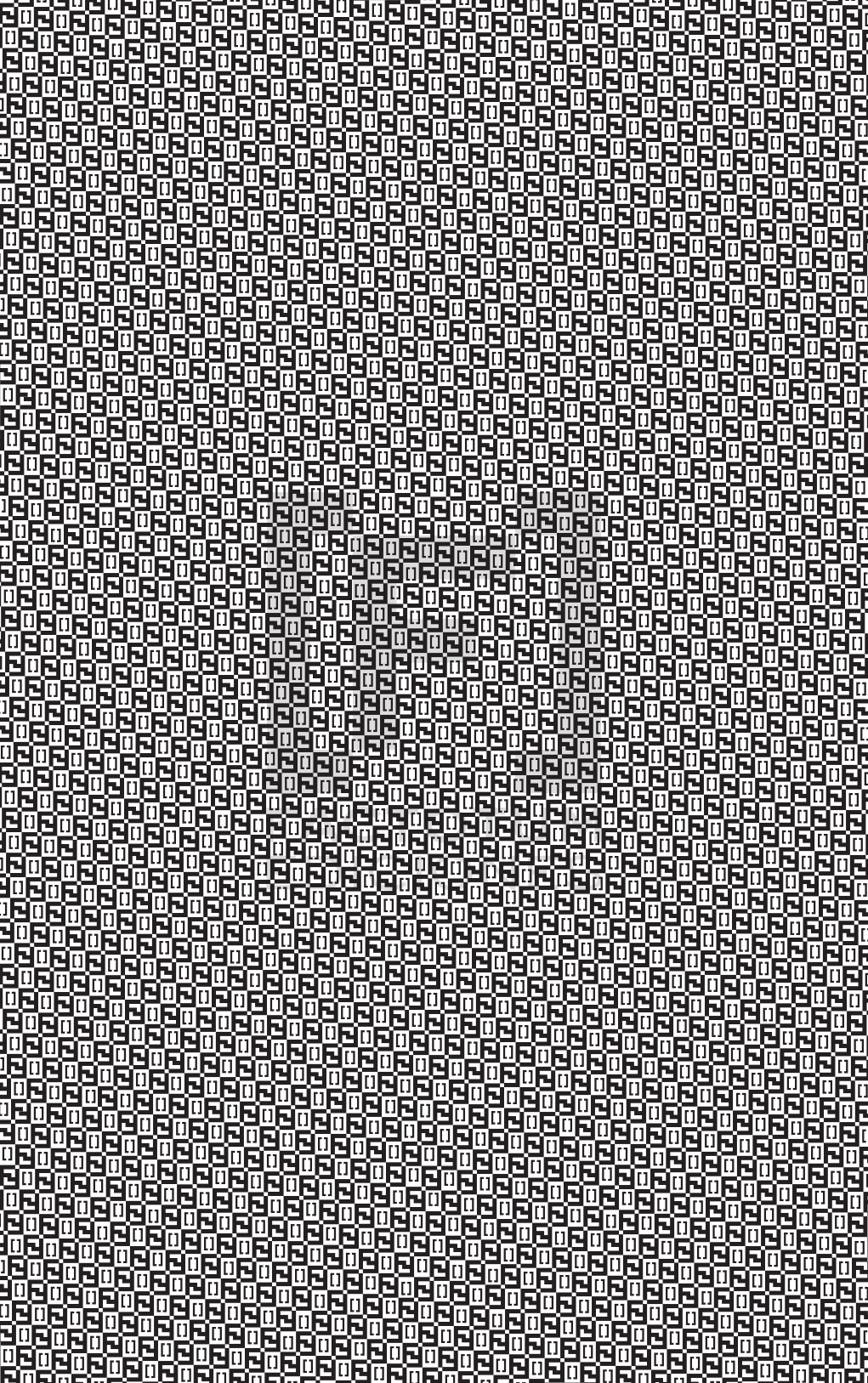


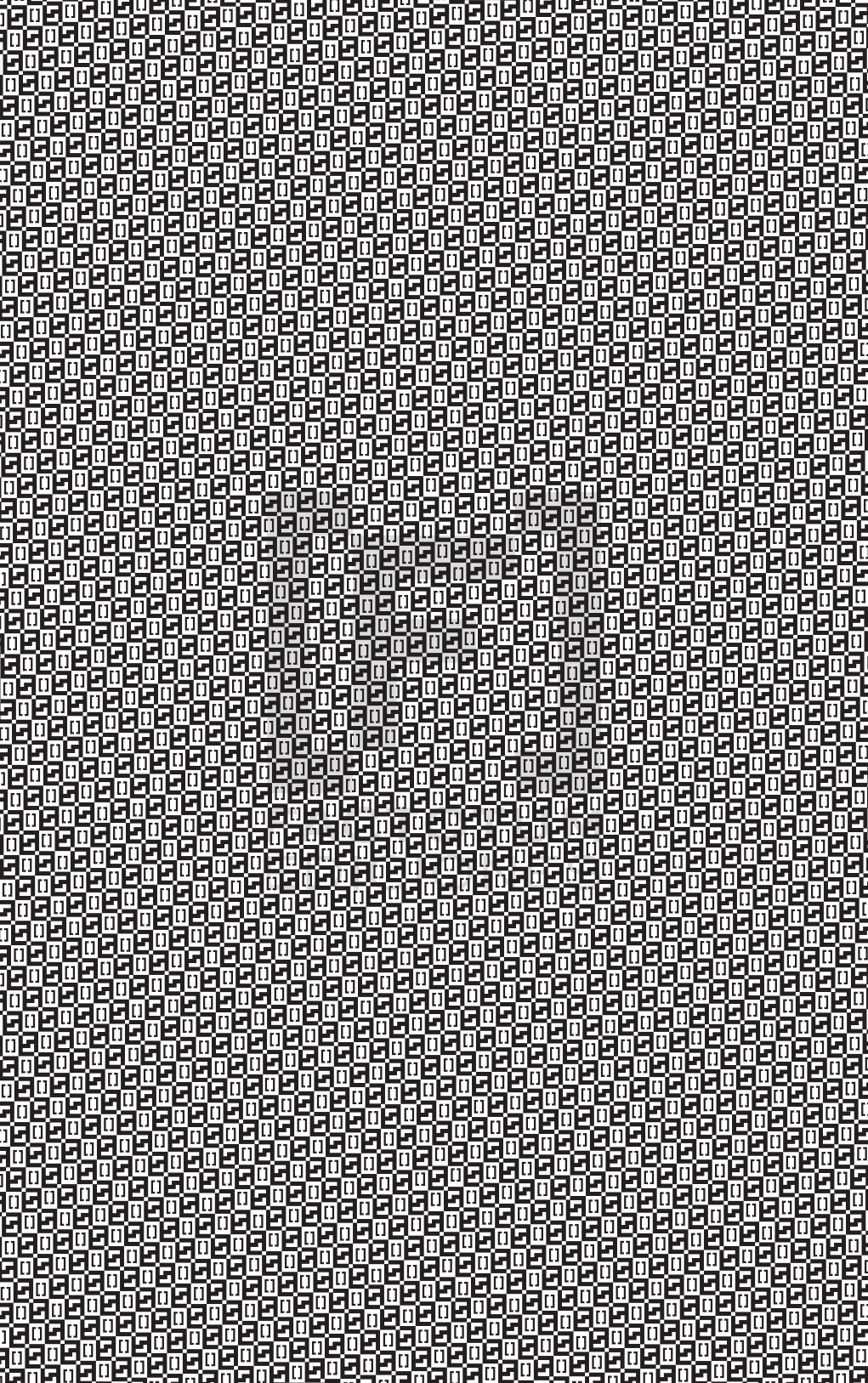


La alteración del orden

Bruno Petroni

FACTOTUM
EDICIONES





La alteración del orden



FACTOTUM
EDICIONES

Petroni, Bruno

La alteración del orden / Bruno Petroni. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2025.

184 p. ; 21 x 13 cm. - (Fictio)

ISBN 978-987-4198-62-4

1. Cuentos. 2. Narrativa Argentina. 3. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A86o

© Bruno Petroni, 2025

© Factotum Ediciones, 2025
Pasaje Rivarola 115 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com

Primera edición, 2025

Edición integral: Natalia Brega
Corrección: Mónica Campos
Diseño de maqueta: Renata Cercelli
Composición de tapa e interior: Natalia Brega
Imagen de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-4198-62-4

Libro de edición argentina
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

La alteración del orden

Bruno Petroni

FACTOTUM
EDICIONES





FACTOTUM
EDICIONES

La alteración del orden

La secretaria me dice:

–El ministro lo está esperando.

Hace tres o cuatro horas (no sé, no hay ningún reloj en ninguna parte) que me tienen acá sentado. Tengo la pierna derecha dormida. El gendarme me hace un gesto con la mano:

–Levántate. –Me levanto, la secretaria me abre la puerta de la oficina.

–Señora, de verdad, a mí no me conoce nadie –susurro, pero el gendarme igual me escucha:

–Cortala con lo de “no me conoce nadie” y entrá.

Entro. El ministro no está.

–No hay nadie acá –digo, pero la secretaria me cierra la puerta.

La oficina es chica como para ser de un ministro, por más que sea de Cultura. Parece más una sala de espera que una oficina: acá voy a esperar hasta que el ministro considere que estoy lo suficientemente asustado. Entonces va

a entrar, me va a dar un ejemplar de alguno de mis libros, me va a pedir que lea en voz alta algún fragmento de mis cuentos. O un cuento entero. Después, él me va a recitar el artículo de la Constitución sobre la “Falta a la Verdad y la Alteración del Orden”, me va a explicar por qué mis cuentos faltan a la verdad, alteran el orden. Me va a pedir nombres. No me va a creer cuando le diga que no hablo con ningún escritor, que en realidad ningún escritor quiere hablar conmigo. El ministro va a hacer entrar al gendarme. Esto es una oficina normal, no pueden matarme en el centro de la ciudad, afuera está la secretaria, una señora, no pueden matarme en una oficina normal.

Acá tampoco hay ningún reloj. En una pared cuelga un almanaque grande de papel, de los de antes: abajo la imagen de San Martín y anotaciones en distintas fechas. En el 6 de agosto dice: *reunión con C. A. - poeta conurbano*. El 10 de agosto dice: *nota revista noticias, no olvidar cumpleaños!* El 14 de agosto: *encuentro x arte joven - mujeres y disidencias*, y abajo, en letra más chiquita: *el odio: la superstición de los vulgares*. El 17 de agosto: *precisan descanso los austeros?* El 23 de agosto: *estridencias - revisar con atención*. Hoy, 27 de agosto, no hay nada escrito sobre mí.

La vista de la oficina da al río. Una parte del ventanal está abierta. Sobre el escritorio, una banderita argentina flamea en un mástil miniatura. En medio de un montón de carpetas, lapiceras de distintos colores, papeles sueltos, están mis cuatro libros. Por culpa de estos cuentos que ya no lee nadie, me van a matar. Agarro *La invasión andina*, lo abro al azar y paso las hojas.

Un montón de flechas, dibujadas en lapicera, van de acá para allá, atraviesan las páginas, conectan frases de diferentes cuentos: “Un señor de trenzas y sombrero se esconde debajo de un balcón” se une a “El vecino capaz de arreglarte el calefón, capaz de violar a tu hija”. Sobre esa flecha, el ministro escribió: *AMO = goce sin satisfacción*. También hay números encima de algunas palabras como “atardecer” o “heladera”; y anotaciones en los márgenes. Al lado de una frase que dice: “Ahora viajamos sentados en el colectivo”, el ministro escribió: *conciencia desdoblada - felicidad?* En otro cuento, el ministro subrayó el comienzo de una oración: “La música estaba demasiado fuerte”, y aunque la oración sigue (y tiene algún tipo de sentido), él no la subrayó entera, sacó una flecha y escribió: *intolerancia*, después lo tachó y puso: *límite*. Están intactos los párrafos de “Incendio en Buenos Aires” que narran cómo los chicos juegan a las escondidas en la ESMA durante una visita escolar. No hay números ni flechas que digan nada sobre la Declaración de la Independencia Andina en el cuento “Más allá de Liniers”. Solo una frase está subrayada: “Afuera, sobre el asfalto, las servilletas usadas son palomas”. Al lado, el ministro anotó: *hermoso*.

Golpean la puerta. Tres golpes cortos, infantiles.

—¿Se puede? —pregunta la voz de un hombre. No respondo. La puerta se abre y entra el ministro. Debe medir casi dos metros. En la televisión no parece tan alto. Dejo *La invasión andina* sobre el escritorio. Me meto las manos en los bolsillos, me seco la transpiración antes de saludarlo. El ministro tiene una mano gigante. Me aprieta fuerte.

–Siga leyendo tranquilo –me dice, y–: Mucho viento. Vamos a cerrar la ventana.

Para cerrar la ventana se pone de espaldas. No tiene un arma en el cinturón.

–Léame algo. Así entra en confianza –me ordena. Después se hace visera y mira por la ventana a lo lejos.

–¿Algo de qué? –le pregunto.

–Algo suyo, ¿qué va a ser? –me responde.

Agarro de nuevo *La invasión andina*, lo abro en cualquier página, lo cierro y lo vuelvo a dejar en el escritorio.

–Ministro, a mí no me conoce nadie.

El ministro se sienta frente a mí en un sillón chiquito en el que apenas entra. Me mira con los ojos demasiado abiertos, como si estuviera contento porque voy a leer.

–Yo lo conozco –me dice.

–Todo esto lo escribí hace mucho –le respondo, pero el ministro sacude una mano en el aire:

–Sin introducción. Usted está muy serio.

Agarro mi primer libro de cuentos, *Feliz navidad*, y paso las páginas. Este libro también tiene sus marcas. Pienso en leer alguna de las frases que el ministro subrayó y destacó con anotaciones del tipo: *frase sísmica*, *revelación indolente*, *valentía/temeridad*, pero no entiendo si las marcas son elogiosas o no. Me lo imagino mañana, en una reunión, yo ya estoy muerto, y él se está burlando de mí con otros militares que no saben ni siquiera quién soy. Les cuenta que intenté salvarme leyendo las frases que él había marcado porque estaban mal. Así termina mi vida. Lo último que dejo en este mundo es una anécdota sin gracia. Pienso en Urondo, García Lorca, Walsh. Todos conocen su obra,

todos también saben cómo los mataron. Diga lo que diga ahora, mañana no va a salir nada sobre mí en los diarios, pero no puedo morir leyendo algo que no tenga ningún tipo de valor. Paso las páginas. No soy un escritor de frases, en mis cuentos no hay héroes que digan: “Apunte bien: usted va a matar a un hombre” o cosas así. Paso más páginas, paso los cuentos. Encuentro la escena del tipo que, en la cárcel, les profetiza una revolución espiritual a su mujer y su hijito que fueron a visitarlo por su cumpleaños. Es un loco, no es un héroe, pero podría serlo. Leo:

–“Deseo que los tiempos lleguen. Deseo que la tempestad se desate. Que la nieve de hoy siga cayendo durante meses. Que cubra los árboles, las plazas, los autos estacionados, la Casa Rosada. Deseo que la tempestad destrozé al imperio de la violencia. Deseo que los tiranos queden sepultados bajo el hielo. Una nube negra va a cubrir la ciudad durante esos meses y después va a salir el sol. La nieve se va a derretir y el mundo nuevo aparecerá allí debajo. Cuando ese tiempo llegue, los barrotos que encierran a los justos se van a transformar en polvo. Yo voy a salir caminando de este lugar. Me voy a reunir con ustedes en el centro de la ciudad y vamos a celebrar la revolución del espíritu, la revolución definitiva”.

El ministro asiente varias veces. Se levanta del silloncito haciendo fuerza con los dos brazos, como un monstruo que sale del agua.

–Deme –me dice.

Cierro el libro y se lo doy. Él lo vuelve a abrir.

–Perdón.

No me responde, pasa las páginas hasta encontrar la que acabo de leer. Entonces, mirándome un poco a mí, un poco al libro, dice:

–Es lindo este cuento. La mamá y el chiquito van a la cárcel a ver al padre. Le llevan una torta por su cumpleaños pese a que no tienen plata para comer. El padre inventa todo esto para no hacerse cargo de nada, pero su hijito lo quiere. Mi papá también era así. –El ministro sonríe, como agradeciéndome.

–¿Así cómo? –le pregunto.

Él cierra el libro de golpe, niega con la cabeza y levanta la voz:

–Es una lástima que usted ahora lea su cuento como si su personaje fuera Marx. Mire: acá tengo *El manifiesto comunista*. ¿Me quiere leer un fragmento como si fuera suyo?

El ministro deja mi libro en un estante, agarra *El manifiesto*, me lo da, lo agarro, me lo saca y vuelve a dejar el libro en el estante. Ahora me va a matar.

–Me siento mal, ministro, estoy mareado –le digo y me paso una mano por la cabeza. El ministro baja la voz, me habla con ternura:

–Leyó mal. Pero no pasa nada. Es difícil leer acá. A muchos se les suben los humos –y mueve las manos a los costados de su cabeza.

–De verdad me siento mal –insisto.

–Hay que tomar agua –el ministro me sirve un vasito de agua de un dispenser, pero no me lo da porque se queda mirando su almanaque–. Estuvo leyendo mis notas –me dice–. Lo dejó en septiembre. Todavía no es septiembre.

–Vuelve a poner el almanaque en agosto y, aunque yo miro el piso y me paso las dos manos por la cara como si estuviera por desmayarme, sigue hablando–. Menos mal que no dijo nada sobre mis notas. El otro día vino un poeta, no me acuerdo el nombre, era un mal poeta. Me dijo: “Ministro, ¿las frases del almanaque son tuyas? Usted debería ser poeta”.

El ministro se sienta frente a su escritorio. Se queda con mi vasito de agua.

–Siéntese –me señala la silla que está frente a él, pero me quedo parado. Me imagino al mal poeta buscando algún verso en alguno de sus poemas, algo digno para leer antes de que lo maten.

–Siéntese. Se va a cansar, tenemos para rato.

Abre una carpeta y saca unas hojas abrochadas. Muchas hojas. Un informe sobre mí: el resumen de lo que escribí cuando escribía, lo que hago en mi vida diaria desde que no escribo más. Las clases que doy en el colegio. Mis llamadas. Mi última novia. Amigos. Mi madre. Me siento.

–¿No va a recitar la Constitución? –le pregunto. El ministro niega con la cabeza, como si recordara una travesura.

–No sé quién inventó esa pavada –dice y me da las hojas abrochadas.

No es un informe sobre mí. Es el borrador de *Asamblea en pleno enero*, el último libro que escribí, y que nunca se publicó. Las hojas están amarillas, la tinta roja está naranja. En realidad, es el segundo borrador de *Asamblea en pleno enero*, el que dejé en el buzón de la casa de mi editor hace más de un año, después de que me rechazara el primer borrador, después de que se me

acabara la tinta negra por imprimir mis cuentos una y otra vez.

–Me gustaría ver la primera versión. Debe ser más sincera. No la pudimos conseguir –se lamenta el ministro.

Paso las hojas. En ningún lado dice que esta es la segunda versión.

–¿Cómo sabe que esta no es la primera versión? –pregunto.

–Porque soy el Ministro de Cultura –me responde y se me queda mirando fijo hasta que se ríe–. Porque tiene marcas. ¿Por qué va a ser? Hay un corchete que dice: *cinismo narrador militancia: revisar marcas primera versión*, hay un subrayado con una flecha: *descripción centro cultural peor que primera versión*. Cosas así. Fíjese acá.

El ministro me señala un párrafo que está tachado de punta a punta. Al lado, la letra de mi editor: *complicidad ídem primera versión descartar*.

–A mí ese párrafo me gusta. Es el que describe a las manifestantes, ¿no? –dice el ministro.

Mi editor desapareció hace, por lo menos, un año. Hasta ahora no sabía si había llegado a leer este segundo borrador o si lo habían secuestrado antes. El ministro toma un trago de agua y sigue hablando:

–Todo lleno de polvo su libro. Bueno, no es un libro, pero estaba entre varios libros escondidos, abajo de un sillón viejo.

En la casa de mi editor había libros por todos lados: arriba de la heladera, en una banqueta, en los cajones de los muebles, en el piso, abajo del sillón.

–No estaba escondido, ministro. En estos cuentos no hay nada –empiezo a decir, pero el ministro me corta, tajante:

–Tiene un muy buen título: *Asamblea en pleno enero* –el ministro señala la primera página–. ¿Por qué no se lo editaron? Estaba todo lleno de polvo –insiste.

La primera versión de *Asamblea en pleno enero* la terminé de escribir hace dos años. Se la llevé a mi editor, impresa. Según él, el gobierno (que recién había asumido) estaba controlando su mail. La idea de que un gobierno, fuera cual fuera, perdiera tiempo controlando asuntos culturales era una locura de otro siglo. Pero mi editor, como la mayoría de la gente que conocía, se había vuelto paranoico desde que había asumido este gobierno. Imprimí el borrador para entregárselo en mano. En vez de invitarme a su casa como siempre, me pidió que nos encontráramos en un bar de Zona Norte.

–Acá pasamos desapercibidos –me dijo apenas llegué. Él era el único que estaba vestido de traje y corbata–. ¿Por qué no te vestiste bien? –me preguntó, fastidioso.

–¿Desapercibidos de qué?

–Ya empezaron a chupar gente –dijo.

Mi editor no solo estaba paranoico, estaba convencido de que habíamos vuelto a La Dictadura. Él no había vivido La Dictadura (yo tampoco) y quizás por eso hablaba como en las películas malas sobre La Dictadura: “¿Seguís teniendo familia en Uruguay?”, “Pase lo que pase, no digamos nombres”, “Hay que llevar esto siempre encima”, y me mostró

una pastilla. Cuando le di el borrador de *Asamblea en pleno enero*, guardó las hojas rápido en su mochila, y me dijo:

–Andá. Si caen ahora, mejor que no nos agarren juntos.

–Yo sé por qué no lo quisieron editar. Deme un segundo.

–El ministro abre una carpeta, saca unas hojas y me las da. Hay palabras y números. Lo miro. Él chasquea los dedos–: Vamos, hombre, lea. Ahí está lo que le marcó su editor.

Las manos me tiemblan. Apoyo las hojas en el escritorio y leo:

–“Complicidad”: catorce veces. “Falta de gracia”: ocho veces. “Falta de sentido”... –El ministro me interrumpe levantando una mano:

–¿Existe diferencia entre falta de sentido y falta de gracia? ¿Puede tener gracia algo que no tiene sentido? –No entiendo si es una pregunta retórica, pero por las dudas respondo:

–No –y el ministro:

–Deme que sigo yo, está leyendo muy mal –me dice. Le doy las hojas. El ministro lee:

–“¿A quién le hablan tus cuentos”: aparece dos veces; cuatro veces su editor puso...

Dos semanas después de ese primer encuentro, me volví a juntar en el bar de Zona Norte con mi editor (por teléfono, unas horas antes, me pidió que “por favor” esta vez me pusiera camisa y corbata). Cuando llegué estaba enojado y borracho. O al revés. Me dijo que no iba a editar mi libro porque mis nuevos cuentos “no le hablaban a nadie”. A “los lectores de la editorial” no les interesaba mi denuncia a “la

falsa generosidad del progresismo, que al fin y al cabo es la última generosidad que queda en el país”, me dijo, todo de corrido, como si no hubiera tomado, como si lo hubiese ensayado varias veces. “Esos militantes de la asamblea de los que te burlás están siendo perseguidos”. Los “militantes de la asamblea” eran personajes de un cuento, no gente real. De repente, mi editor no sabía leer ficción. Además, yo era un “cómplice”, porque mis cuentos no decían nada sobre lo que estaba haciendo el gobierno (yo los había escrito antes de que asumiera este gobierno, pero eso no le importó). Mi editor no solamente creía que estábamos en La Dictadura, tenía ganas de estar en La Dictadura. Le dije eso. Se enojó, me enojé. Se levantó, dejó unos billetes (que no alcanzaban a pagar las cervezas que se había tomado antes de que yo llegara) y se fue. Apenas llegué a mi casa, les mandé por mail *Asamblea en pleno enero* a otras editoriales.

–Yo le puedo decir a quién no le hablaban sus cuentos –el ministro, como si estuviera diciendo una terna de nominados, lee–: “El fruto prohibido”. “Salvajada”. “Consonancia infinita”. Qué nombres infantiles, ¿no?

Son los nombres de algunas de las editoriales que también me rechazaron el libro.

–Faltan un par, ministro. –El ministro pasa una hoja–. Es verdad. Todo el mundo le rechazó el libro. Igual no se preocupe, ninguna de estas editoriales sigue existiendo –dice y deja las hojas sobre el escritorio, cansado de recordar gente que dejó de existir. Me gustaría despedirme de alguien, de cualquier persona, antes de dejar de existir.

–Ministro, ¿puedo llamar a alguien?

–¿A quién? –El ministro se toca los bolsillos del traje, busca su celular.

–A mi madre –le respondo.

–¿Está enferma?

–No. –El ministro ya no busca nada en sus bolsillos–. Entonces la llama cuando sale. Ahora siga leyendo –me dice.

Voy a salir, me van a dejar ir a mi casa. Voy a salir, me van a llevar a otro lado, me van a dejar llamar a mi madre en el camino para despedirme.

Agarro las hojas. Además de los nombres de las editoriales que me rechazaron el libro, están los nombres de los editores, los nombres de otros autores que eran publicados por esas mismas editoriales. Un montón de direcciones de mails.

–¿Puede leer en voz alta? ¿Está más tranquilo? Usted lee bien. Yo lo escuché una vez, hace años, en una lectura de “narrativa argentina contemporánea”. Así vendían el ciclo de lectura. Un título muy largo. Usted leyó un cuento sobre una explosión nuclear. Leyó bien. Y recién, cuando se me hizo el revolucionario, también leyó bien. ¿Puede leer bien y en voz alta? Las frases.

Debajo de la lista de mails hay algunas frases entre comillas. Las leo en voz alta. Despacio, como cuando empezaba la escuela.

–“Si viviéramos en Austria, tus cuentos estarían ok”. “Como dice Schopenauer (sic), la crueldad es un fin en sí mismo. Tus cuentos no contemplan al Otro, al que sufre”. “Tus cuentos le hacen el juego a la derecha. Están pasando cosas graves de verdad”. “No pasé del tercer cuento. Los

renglones que leí fueron escritos por un niño que juega a las escondidas en medio de un bombardeo”.

Cada una de las frases es una cita textual de los mails que me mandaron las diferentes editoriales cuando me rechazaron el libro.

–Leyó bien. Está enojado.

–No estoy enojado, estoy arrepentido. Era obvio que esas editoriales no me iban a publicar mis cuentos. Lo único que publicaban eran libros que se adaptaban a la Agenda Social.

–Hay que decir las cosas. Sáquelas. Si no, hace mal. –El ministro mueve las manos como si una ola saliera de su pecho.

–¿Qué quiere que le diga, ministro?

–A mí no me hable así. Yo no le hice nada.

Si el tema del momento era Los Pueblos Originarios, mil novelas, cuentos y poemarios sobre Los Pueblos Originarios; si el tema era el feminismo: *Las siete locas*, *Mariquita S. (De noche)*, *Antología de cuentos machicidas*. Escritos por los mismos autores que se encargaron de “visibilizar” las “miserias ocultas” de la sociedad argentina con sus novelas, cuentos y poemarios que no estarán bien escritos ni tendrán imaginación, pero “retratan las intimidades de los humildes, atravesadas por la lanza de una economía devastada”. Por suerte, en esos años, los mismos autores lograron también librar otras luchas como defender a los animales de la matanza indiscriminada llevada a cabo por El Hombre (*El Matadero II*, *Las bestias*, *Huellas en el cemento*). Paso una página. Hay más frases de mails. No son de editoriales. Son de otros escritores que, pensé,